

# De Bernardino a Candelillas, el kiosco central del parque resiste el paso del tiempo

Con varias ampliaciones, la caseta sigue dando servicio en verano desde hace casi 60 años



GABRIEL JAIME

Nos encontramos ante uno de los negocios hosteleros más antiguos de La Solana. Nació a principios de los años cincuenta y aún permanece activo, y además en su lugar de siempre. La temporada de verano no sería igual sin él. Se ubica en el centro neurálgico de nuestro pulmón verde por excelencia.

Con estas pistas resulta fácil acertar. Hablamos del kiosco central del parque municipal. Desde su inauguración hasta los días actuales han cambiado mucho las cosas, y GACETA ha querido que los arrendatarios que más veces han abierto el legendario local nos hablen de este rincón con tanta solera.

Al poco tiempo de su construcción, a

mediados de los años 50 del siglo pasado, el veterano hostelero Bernardino Carrascosa tuvo el privilegio de poner en marcha el kiosco que edificó el Ayuntamiento. Era un pequeño habitáculo de dos por dos metros, por el que Bernardino pagó el simbólico precio de una peseta como alquiler, según le impuso el alcalde de entonces, Julián Castellanos. “No lo quería nadie, no había cola para poner en marcha el negocio”, asegura. Pero al cabo de cuatro o cinco años amplió el chiringuito para doblar su capacidad, y lo hizo con dinero de su propio bolsillo, “fue entonces cuando se interesaron otros, pero al costear yo la obra, me aseguré unas cuantas temporadas de alquiler”. Al final, permaneció la friolera de 25 años despa-

chando tras la barra del kiosco, hasta que lo abandonó cuando en la acera de enfrente decidió poner en marcha el “Inma Park”.

## Multitud de anécdotas

Las anécdotas fueron legión desde entonces. Un día de feria terminó su jornada en el kiosco al amanecer, y poco rato después se marchó a trabajar a su otro establecimiento, el recordado Bar Carrascosa, en la calle Feria. Unos clientes de fuera estuvieron en ambos locales y le preguntaron a Bernardino si era

la misma persona o su hermano, a lo que contestó con sorna, “soy su pariente”, por no decirles que había hecho doblete.

Otro día tuvo que escalar un árbol para recuperar un espadín que había salido despedido de un barril. Incluso vio cómo se quemó el Circo Estambul (1956) en pocos minutos desde el otro lado de la barra. En otra ocasión cruzó junto al kiosco una comitiva que se dirigía al baile de

Por entonces, cuenta Bernardino, “se bebía cerveza, cerveza y cerveza”. No se conocía la fanta ni la coca-cola, y ni siquiera se servían tapas. La cerveza costaba a peseta.

gala de la feria, con el gobernador a la cabeza, cuando nada más pasar el distinguido séquito se cayeron al suelo varias cajas vacías. Menos mal que no ocurrió nada.